

ÁNGELES SÁNCHEZ DÍEZ

Veinte años de felicidad creciente



CONCURSO DE RELATO CORTO «Aventuras y desventuras durante mi tesis»

PRIMER PREMIO CATEGORÍA DE DIRECTORES/AS - ESCUELA DE DOCTORADO DE LA UAM

Publicado en junio de 2026

© Ángeles Sánchez Díez

Diseño y maquetación: Carlos J. Martínez Portillo

Versión electrónica disponible en Biblos-e

Archivo: <https://hdl.handle.net/10486/774780>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada

VEINTE AÑOS DE FELICIDAD CRECIENTE

ÁNGELES SÁNCHEZ DÍEZ

Violeta, como casi todas las profesoras de universidad, recibía múltiples correos electrónicos de potenciales estudiantes que querían hacer sus tesis doctorales con ella. La gran mayoría de las veces no explicaban sus intereses o motivaciones académicas y sus perfiles no se ajustaban a sus líneas de investigación. Incluso en muchas ocasiones, dichos correos estaban redactados como si el destinatario fuera un hombre, lo que ponía de manifiesto que quienes los escribían ni siquiera se habían percatado de que la destinataria era una mujer. Era frecuente la correspondencia de estudiantes de América Latina, como México, Perú, Colombia, de Oriente Próximo, como Irán, Israel o incluso Palestina, así como de África, ya fuera de la República del Congo o Zambia. La gran mayoría de las veces, Violeta borraba los correos sin mayor preocupación, otras veces los comentaba en algún café con otras compañeras, preguntándose a cuántas personas habrían mandado la misma propuesta. Qué diferente era todo respecto a cuando ella estudiaba, y tenía que ir personalmente a hablar con el profesor que quería que le dirigiera la tesis.

Pero un día llegó un correo de un estudiante del Lejano Oriente, se llamaba Sung —éxito—. Violeta encontró algo dife-

rente en aquella misiva. Explicaba con claridad por qué ella era la persona idónea para ser su tutora, cuál era el objeto de su tesis, e incluía una propuesta de cronograma. Además, adelantaba que su intención era trasladarse a Madrid, desde donde realizaría sus estudios. Años después le confesaría que otros muchos profesores lo habían rechazado, probablemente por no conocerle y confundirle con uno de esos cientos de correos que todo docente recibe. Violeta recordó sus orígenes, cuando un profesor, Mateo —que apenas la conocía—, le dio la oportunidad de solicitar una beca de posgrado que le facilitó poder doctorarse. Ciertamente es que, en aquel caso, Violeta había coincidido con Mateo por azar, cuando asistía a un curso con la mera excusa de hacerse la encontradiza con un chico. Él nunca se interesó por ella, pero siempre le agradecerá haberle permitido conocer a Mateo, dado que había marcado su carrera profesional. Tanto Sung como Violeta, veinte años antes, habían disfrutado de un «dividendo» de azar y de suerte, encontrando a sus respectivos directores de tesis.

Durante los dos primeros años, Violeta y Sung mantuvieron una relación cordial, tutorías periódicas, conversaciones académicas, etcétera. Todo pasaba sin mucha intensidad, por caminos donde sus vidas no se encontraban más allá de cuestiones académicas, y con una gran distancia personal.

Violeta, que había tenido una maravillosa relación con su director de tesis, sabía que el acompañamiento emocional era un pilar básico en el que apuntalar la vida de un doctorando. Así que una de sus primeras enseñanzas fue una teoría que ella misma había articulado y a la que había dedicado su tesis doctoral para gran curiosidad de los miembros del tribunal: *la teoría de la felicidad creciente*. Paradójicamente, esta teoría se caracterizaba por

estar llena de momentos de decrecimiento de la felicidad. Violeta le fue explicando fase a fase cómo ella había vivido su periodo doctoral, para que Sung se pudiera ver reflejado, y en cierta medida, acompañado pese a la brecha temporal de ambas historias.

Según esta teoría, la vida doctoral comienza con un periodo de felicidad que no parece tener límites; de ahí su nombre. De pronto, como quien no quiere la cosa, te asignan un despacho, emprendes lecturas que te resultan apasionantes, conoces a tus compañeros, toda ella gente en apariencia muy interesante y hasta bondadosa, con la que compartes intereses, haces tus primeros esquemas, tus primeras reuniones y vas a tu primer congreso o incluso cuidas tu primer examen. ¡Tantas primeras cosas que te resultan apasionantes! Violeta recordaba su primer congreso, los hostales de la geografía española en los que se alojó en los seminarios que siguieron, y, sobre todo, las clases de los viernes por la tarde en el seminario de Desarrollo Latinoamericano, después del filete con patatas al que la invitaba Mateo. Sin duda, era lo mejor del fin de semana, aunque nadie lo entendiera. Por su parte, Sung tenía su mesa en la sala de doctorado del departamento, asistía a cursos y comenzó sus pinitos en seminarios internacionales, primero como oyente, luego como ponente. Veinte años después, la historia se repetía.

Pero un día, que de apariencia es exactamente igual a los demás, algo se tuerce. Las lecturas se vuelven repetitivas y no consiguen llenar tus vacíos de conocimiento, los datos no existen o las series temporales se rompen, la información es confidencial, incluso algunos de tus compañeros ya no son tan interesantes ni bondadosos. Comienzan los «accidentes», por llamarlos de alguna forma. Hay a quien se le olvida que dejó un grifo abierto e inunda la casa, quien deja la cafetera al fuego y explota. Si tienes

pareja, el riesgo de ruptura es elevado. ¡Que nunca te pongan en el dilema de contestar a: «¿Te importa más tu tesis que yo?»! Te dicen que entrar en esta fase es normal, pero tú no lo consideras ni medio normal ¿cómo va a ser normal si antes todo era maravilloso? Solo queda esperar y calmarse. Parece imposible, tu mundo se desmorona. Fue en esta fase cuando a Violeta se le esfumó el amor o cuando a Sung se le olvidó renovar su visado de estudiante.

Y mientras te preguntas a quién se le ocurrió esa tontería de la felicidad creciente, resulta que debes hacer alguna estancia en el extranjero, cosas de la excelencia universitaria y el mundo global. Lo cierto es que eso calma mucho y te conecta de nuevo con la felicidad, no se sabe si creciente, pero al menos presente. Violeta se fue en varias ocasiones a América Latina, parecía lógico dado que era su objeto de estudio. Allí cumplió con las tres cosas que toda persona de estancia de estudios en la región debe experimentar: hacer un viaje de un fin de semana a más de mil kilómetros, echarse un ligue y salir en la prensa local. Cada miércoles, el redactor de la sección de sociedad del *Diario de la Piedad* (México) escribía su columna sobre la segunda española que había llegado a la ciudad en los últimos cinco siglos. Vasco de Quiroga, el conquistador de turno, fue el primero. Para Sung, su estancia en el extranjero también fue determinante. De hecho, podía tener nombre de película: *Un asiático en África*. Sung se fue con un cronograma muy definido, que como toda su planificación estaba perfectamente determinado. Era un hombre ordenado, que cumplía sus compromisos por encima de todo. Pasadas exactamente tres semanas de su llegada a África Subsahariana, mandaría los resultados de un complejo análisis, que previamente habría discutido con la profesora de referencia en la

universidad de destino. Pero nuevamente apareció una variable no contemplada. En aquellas latitudes la luz se va, dejando sin suministro eléctrico a gran parte de la población y, por lo tanto, imposibilitando el uso del internet, los ordenadores, etcétera. No fue fácil para Sung afrontar este nuevo imprevisto. Tampoco parecían consolarle mucho las palabras de Violeta, diciendo que se relajara y aprovechara para ver jirafas y cebras e integrarse en la sociedad. Él no había ido a eso. Pero África te atrapa y te transforma, y solo queda disfrutar.

Así se entra en la cuarta de las fases: la de autómeta. Te rindes, sigues adelante como puedes, sin más pretensiones que sobrevivir a tu propia tesis. Acuñas la frase «Termina con la tesis antes de que ella termine contigo». Las cosas se van cerrando, porque lo dice tu profesor, que, si por el estudiante fuera, eso nunca llegaría. Intentas abstraerte de tu tesis como si no fuera parte de ti para siempre. ¡Qué equivocado estás! Ya solo quedan los coletazos finales, pero lo cierto es que parecen no tener fin. Te faltan tres referencias bibliográficas y no las encuentras. No se ve bien un gráfico y no lo puedes arreglar. Imprimes y encuadernas la tesis (cuando eso se hacía, es decir, en otro siglo) y por si fuera poco abres una página al azar y hay una errata. ¡Ay, que no se confunda con una falta de ortografía! Todo el mundo te dice que ya está todo, que lo que falta es lo de menos, pero para ti es una auténtica pesadilla: la burocracia, la preparación de la defensa y el día de actos. Violeta huyó de Madrid y durante días no durmió, mirando la luna. El horizonte era infinito. Sung, tan tranquilo de apariencia, colapsó. Ensayaba y ensayaba, el idioma, la presentación, las preguntas que le podrán hacer. Por fin, ya eres doctor(a), pero alguien te pregunta: «¿Y ahora qué? ¿Para qué sirve?». Violeta quería matar al susodicho impertinente que

aquella noche de verano después de la defensa y unos cuantos gin tonics le hizo llorar con esas preguntas. No encontró respuesta hasta mucho tiempo después. Qué remedio, si terminó casándose con él. Y a Sung: «¿Dónde vas a vivir?, ¿volverás al Sudeste Asiático?». «Qué atosigamiento», piensa, sin que su diplomacia le permita responder lo que está pensando.

Mientras transitas por estas fases de la teoría de la felicidad creciente (y sus baches) te das cuenta de que el doctorado es mucho más que un proceso académico, es ante todo un proceso mental, que requiere de acompañamiento. Violeta encontró en Mateo mucho más que un director de tesis, fue su confidente, su apoyo, su paño de lágrimas y también una de las personas que más se alegraba con sus éxitos. Conocía a sus hijos, más de una vez tenían reuniones de trabajo en la puerta del colegio esperando a que salieran de las actividades extraescolares. También Mateo conocía a la familia de Violeta. Por el contrario, durante los primeros años de doctorado de Sung, su relación con Violeta era estrictamente profesional, distante incluso. Tutorías, recomendaciones bibliográficas, análisis de datos, corrección de modelos, etcétera. Además, Sung era absolutamente autónomo, de forma que Violeta muchas veces se enteraba de sus logros a posteriori. ¡Qué experiencias más diferentes! Sung trabajaba y trabajaba. A Violeta le daba la sensación de que Sung no dormía, a veces era difícil seguirle el ritmo de trabajo, incluso para supervisar los avances. En los últimos meses de doctorado, las tutorías eran semanales, siempre con avances, siempre con mejoras. Sung era muy correcto y en más de una ocasión la sorprendió con algún regalo; un pañuelo de seda asiática, unos posavasos de pelo de cebra... Violeta siempre insistía en que él era estudiante y no debía gastar su dinero en eso, pero él no hacía caso. En ocasiones

recordaba que ella también tenía de vez en cuando algún detalle con Mateo, intercambiaban vino de sus respectivos pueblos en una especie de competencia entre denominaciones de origen, que hasta hoy en día mantienen viva. Pero Violeta nunca se atrevió a regalar nada a Sung.

Violeta no tenía conocimiento alguno de la vida personal de Sung, quizá no se había interesado o quizá los parámetros culturales tan diferentes entre Occidente y Oriente lo dificultaban. Un día Sung llegó al despacho de Violeta. Era junio, en plenos exámenes. Sung estaba ansioso y quería reunirse con más frecuencia con Violeta. Ella le pidió que la acompañara a la Plaza Mayor de la UAM para realizar unos trámites. Mientras esperaban, Violeta le preguntó por su familia, dónde vivían sus padres, si tenía hermanos, si vendrían para la defensa de la tesis. Había que llenar el tiempo de espera de alguna forma. Sung afirmó categóricamente que sus padres vendrían para la defensa de la tesis, pero que antes debían hacerlo para conocerla y agradecer su labor de dirección. Violeta, ojiplática, afirmó que no era necesario, que era su trabajo y su responsabilidad. Sin embargo, meses después llegó el padre, hablador y risueño, al que no parecía importarle que Violeta no entendiera nada de lo que le decía. Se disculpó un millón de veces por la ausencia de su mujer, anunciando que vendría tan pronto fuera posible.

El infinito perfeccionismo de Sung se había convertido en un verdadero obstáculo para materializar el depósito de la tesis. Violeta tomó una decisión que cambiaría el rumbo de su relación con Sung. Si depositaba la tesis antes de una determinada fecha, ella iría a su tierra natal. Así fue como Violeta aterrizó una noche de verano en Seúl, y allí estaba él. Pasó de ser estudiante a anfitrión, con atenciones que superaban lo esperado. Le facilitó

una tarjeta de teléfono, otra para el transporte público y un programa turístico para el siguiente día. Le presentó a su madre, la tarea pendiente por la que tanto se había disculpado el padre, la agasajaron con presentes locales y ricas comidas, en restaurantes renombrados de la alta cocina local. El calor era sofocante y había que acostumbrarse, no sin alguna bajada de tensión repentina que desataría una gran preocupación en Sung. Durante el mes que Violeta pasó en Corea, ya fuera en Seúl o por el resto del país, Sung la acompañaba en la proximidad o a la distancia. Siempre pendiente, siempre ausente. La distancia que habían tenido durante años se había ido desvaneciendo desde aquel día en la Plaza Mayor de la UAM. Meses después, allí estaban en lo alto de la torre Lotte, la más alta de la ciudad, tomando un café.

El verano terminó, Violeta regresó, Sung comenzó a preparar su disertación. Nuevamente, la intensidad del trabajo se instaló en sus vidas. Las revisiones, los ensayos y más ensayos del día D, como si del estreno de una ópera prima se tratara. Todas las defensas de tesis son emocionantes. No deja de resultar raro ver a una persona, que ha dedicado tanto tiempo de su vida a un tema, sentir que se ahoga en un mar de nervios. Violeta no recuerda mucho de aquel día, más allá de la preocupación por la tecnología y el sofocante calor de julio en el que defendió su tesis. Sung, hombre paciente, intentaba parecer tranquilo, sin mucho éxito. Allí estaban sus padres, que unas semanas antes habían aterrizado en Madrid. A diferencia de lo común en la cultura mediterránea, nunca había habido ningún contacto físico entre Violeta y Sung o entre Violeta y sus padres. El saludo oriental era lo que había caracterizado todo aquel tiempo. Pero, sin embargo, al finalizar la defensa doctoral la madre de Sung dio un abrazo a Violeta, a quien se le puso la carne de gallina

de la emoción. Una vez más se rompió una barrera. Hubo que esperar algunos meses más, cuando la caducidad del visado de estudiante hizo que Sung abandonara el país precipitadamente, y después de todo un día paseando por emblemáticos lugares de Madrid, a que Violeta se despidiera con otro abrazo de Sung, antes de perderse entre el tumulto de Atocha.

Veinte años separaban la historia de Violeta con Mateo de la que vivió con Sung. Pero, en ambos casos, y como dijo Humphrey Bogart en Casablanca, fue «el principio de una bonita amistad». Hoy en día Violeta y Mateo se encuentran un viernes al mes en un seminario de lectura. Por otro lado, Violeta sigue de cerca la búsqueda de trabajo alrededor del mundo del joven doctor, quien muy probablemente en unas pocas semanas estará instalado en un nuevo país.